

AVISOS

AGOSTINO STEUCO, BIBLIOTECARIO PONTIFICIO,
EN LA CORRESPONDENCIA DEL CARDENAL GRANVELA

En la serie epistolográfica de la Real Biblioteca que contiene las cartas dirigidas al cardenal Granvela y las minutas despachadas por él, se encuentra una carta de Agostino Steuco (1496-1548), bibliotecario apostólico en la sede pontificia y obispo de Kissanos (Creta). Fue un notable comentarista bíblico, gracias a sus conocimientos filológicos, con especial interés por el Viejo Testamento, una inclinación favorecida por sus eruditos saberes relativos a la Antigüedad y a las fuentes testamentarias. También desarrolló un discurso filosófico expuesto, por ejemplo, en *De Perenni Philosophia*, obra de éxito con ediciones en 1540, 1542 y 1578, un texto que ha merecido ediciones y estudios modernos. Se editó en 1972 en Nueva York, unos años después del trabajo que Charles B. Schmitt dedica a destacar su importancia y sus repercusiones [«Perennial Philosophy: From Agostino Steuco to Leibniz», *Journal of the History of Ideas*, 27, núm. 4 (1966), 505-532].

Gran conocedor de lenguas muertas y orientales, en 1525 se convirtió en bibliotecario del convento de san Antonio, en Venecia. En 1538 fue nombrado obispo de Kissanos, pero su residencia preferida fue Roma, ciudad en la que obtuvo en 1542 la prefectura de la Biblioteca Vaticana. Precisamente esa condición, junto a la titularidad episcopal, es la que hace constar en la firma de la carta que se edita.

Tras su muerte en 1548 Steuco fue sustituido al frente de la Vaticana por Marcello Cervini, que llegaría a ser papa con el nombre de Marcelo II durante las pocas semanas que separaron su elección de su muerte. Cervini, en la Biblioteca Apostólica, recogió los frutos de la buena gestión desarrollada por Steuco, muy preocupado por el ingreso de manuscritos que sirvieran para la exégesis bíblica. A sus esfuerzos se debe la incorporación de más de quinientos códices en latín, griego y hebreo, durante los días de Cervini como bibliotecario.

La obra completa de Steuco vio la luz en París, 1577-1578, en tres volúmenes en folio, y sus *opera omnia* volvieron a editarse en Venecia en 1590. Su producción no fue ajena al influjo del humanismo ya que en sus comentarios bíblicos tuvo presente la aproximación de Erasmo, como puede apreciarse en la *Recognitio Veteris Testamenti* (1529, 1531) y en sus interpretaciones de los salmos (1533), aunque combatió en ocasiones los argumentos de los humanistas, como los de Lorenzo Valla sobre la falsa Donación de Constantino (1547).

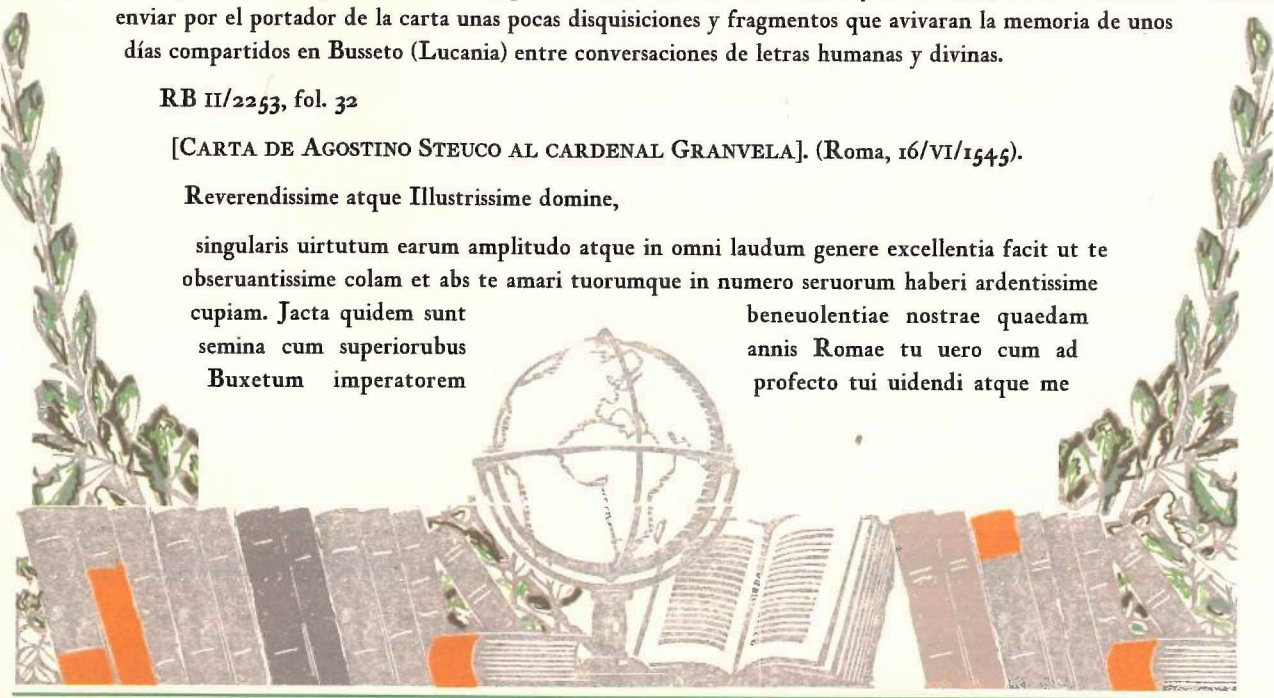
La carta que se edita, de cortesía, refleja la constante ocupación de Steuco en sus materias de estudio. Pero, sobre todo, es un testimonio en el que la amistad y la afición común por las letras entre el bibliotecario y el cardenal, hicieron buena la ocasión de enviar por el portador de la carta unas pocas disquisiciones y fragmentos que avivaran la memoria de unos días compartidos en Busseto (Lucania) entre conversaciones de letras humanas y divinas.

RB II/2253, fol. 32

[CARTA DE AGOSTINO STEUCO AL CARDENAL GRANVELA]. (Roma, 16/VI/1545).

Reverendissime atque Illustrissime domine,

singularis uirtutum earum amplitudo atque in omni laudum genere excellentia facit ut te obseruantissime colam et abs te amari tuorumque in numero seruorum haberi ardentissime cupiam. Jacta quidem sunt semina cum superioribus Buxetum imperatorem beneuolentiae nostrae quaedam annis Romae tu uero cum ad profecto tui uidendi atque me



tibi offerendi cupidus, eo me contuli ibique de religione ac literis multa inter nos locuti sumus. Agnoui diuini animi insignia ex illoque tempore meditari coepi qua opera tibi gratus esse quidue mea studia mihi apud te benevolentiae comparare possent. Cum igitur ad uos proficiscatur nunc is mihi tum ob uirtutes amicissimus tuque meus ciuis est longo tempore in Hispania uersatus totusque in illis genus ac mores amoremque gentis conuersus, hunc maxime idoneum iudicauit qui quasdam ad te meas lucubrationes et fragmenta perferet quibus memoriam nostrae benevolentiae refricarem, isque me tibi saepius commendaret ac tuum mihi apud Caesarem auxilium improraret. Facies enim si me adiuueris quod semper erga philosophiam facere consueuisti, qui te benefaciendo uirtutesque efferendo ac subleuando insignem apud omnes reddidisti. Hunc quoque qui ad te has literas perferet uehementer commendo: est enim dignus cui in aula Caesaris ob uirtutes ac mores atque erga Hispanos affectus sit aliquis locus. Vale.

Romae, XVII kal. Iulii, MDXLV.

Humill[issimus] seruator. Augustinus Stenachus, Eugubinus episcopus Chisami, Summi Ponti[ficis] bibliothecarius.

LA BASE DE DATOS BIBLIOGRÁFICA GLN15-16
LAS IMPRESIONES DE GINEBRA, LAUSANA Y NEUCHÂTEL (SIGLOS XV-XV)

La base de datos bibliográfica «GLN 15-16», puesta a punto por Jean-François Gilmont, profesor emérito de la Universidad Católica de Lovaina (Louvain la Neuve) y miembro de la Académie Royale de Belgique, está accesible en internet a través del sitio de la Biblioteca de Ginebra, antes denominada Biblioteca Pública y Universitaria (<http://www.ville-ge.ch/bge/bibelec/f/gln15-16.htm>). Recoge la producción impresa durante los siglos XVI-XVII en Ginebra (3320 ediciones), Lausana y Morges (150 ediciones), y constituye un instrumento de especial interés para el estudio de la propaganda calvinista a lo largo del XVI, y la evolución temática de la producción ginebrina hacia materias menos religiosas en el último tercio del siglo.

En relación con otras bibliografías y catálogos de bibliotecas, la base de datos GLN15-16 contiene descripciones muy detalladas (Figura 1). Tres ejemplos: el nombre de los autores e impresores aparece no solo en forma normalizada, sino también bajo la forma con la que se consigna en la obra. Los títulos se transcriben íntegros, permitiendo estudios sobre su retórica. Los nombres de los autores secundarios, en particular los responsables de breves poemas de homenaje, son sistemáticamente recogidos.

La mención del «nivel de fiabilidad/certidumbre» constituye una característica probablemente no considerada hasta ahora en el dominio de la bibliografía. La voluntad de no demorar la accesibilidad de GLN15-16 ha aconsejado que las descripciones se ofrezcan completas, junto con otras destinadas a una puesta al día. De ahí lo oportuno de la indicación del nivel de fiabilidad. Podemos encontrar fichas completas, descritas *de visu*, al lado de noticias de ediciones «fantasma», es decir, que denuncian la mención de una edición inexistente en alguna bibliografía.

AFFICHAGE DÉTAILLÉ			
Niveau :	Notice complète.		
Auteur :	Juan-Luis Vives		
Titre bref :	De linguae latinae exercitatione dialogi et de civilitate morum quaestiones ex Erasmi libello apte consarcinatae		
Lieu/Imprimeur/Date :	[Genève] : Conrad Badius, 1560		
Format :	In-8°		
N° :	GLN-2156		
Informations complémentaires			
Titre entier :	De linguae latinae exercitatione, Joannis Ludovici Vivis dialogi : et de civilitate morum quaestiones ex Erasmi libello apte consarcinatae. Aditi sunt indices duo, qui vice commentariorum pueris esse poterunt, ut inde prisca et obscuriorum dictionum, ac sententiarum insignium interpretationes deprimant		
Adresse sur la page de titre :	Ex officina Conradi Badii, M. D. LX.		
Colophon :	f. v4v : Excudebat Conradus Badius Anno M. D. LX, quarto nonas februarii.		
Nb. pages/feuillets :	[8], 176, [136] p.		
Signatures :	*4 a-t8 v4		
Matière :	grammaire, manuel scol.		
Langue :	latin - français		
Notes :	Les cahiers non paginés comportent un « index latinogallicus sententiarum et vocum insignium quae his dialogis continentur »		
Marque-s typographique-s (1)			
Description			Place
Marque au Temps tirant la Vérité d'une grotte (Heitz, Genfer, n° 7).			titre
Dédicace-s (2)			
Dédicataire	Signataire	Lieu/Date	
Enseignants de Genève	Conrad Badius	30 janvier 1560	
Philomène Badius	Conrad Badius	s.d.	
Exemplaire-s (2)			
Pays	Ville	Bibliothèque	Vu Cote
<input checked="" type="checkbox"/> France	Alençon	BM Médiathèque de la communauté urbaine d'Alençon 31 rue du Collège F-61014 Alençon	✓ K. 1. 34
<input checked="" type="checkbox"/> Suisse	Genève	BGE (ex BPU)	Hd 1035
Référence-s bibliographique-s (2)			
Référence	Auteur / Description		
<input checked="" type="checkbox"/> CDM, p. 44			
<input checked="" type="checkbox"/> Girard-Le Bouteiller, Basse-Normandie, t. 3, n° 2879			

Figura 1: Detalle del registro bibliográfico GLN-2156

El fenómeno de las «emisiones» múltiples es frecuente en Ginebra y Lausana. Se trata de una misma edición que se presenta con pies de imprenta u otros datos diferentes. Esta particularidad afecta a cerca de cincuenta ediciones. Cada emisión se describe individualmente, estableciendo un enlace con los otros testimonios de la edición.

GLN15-16 no está destinado exclusivamente a los investigadores de los campos teológico, filosófico, histórico o literario, sino que también puede ser útil a los bibliógrafos y catalogadores dado el gran número de ediciones ginebrinas en las que no consta el lugar de impresión.

La búsqueda bibliográfica puede realizarse por casi todos los campos de la descripción. Un ejemplo: es posible limitar la búsqueda a los ejemplares conservados en una determinada biblioteca, una ciudad o un país.

Las dimensiones de la información reunida en GLN15-16 se miden por una sola cifra: en relación a la bibliografía clásica de P. Chaix, A. Dufour y G. Moeckli, que recoge la producción ginebrina de 1550 a 1600, ofrece un cincuenta por ciento más de descripciones.

GLN15-15 describe alrededor de 3600 ediciones. Si a ello unimos las emisiones, las ediciones fantasma, los títulos conjuntos y las ediciones con portada falsa ginebrina o de Lausana, la cifra se eleva a 4650 fichas.

Antonio Mestre Sanchis, *LOS ILUSTRADOS, EL ORIGEN DE LA IMPRENTA
Y EL CATÁLOGO DE INCUNABLES ESPAÑOLES*
Valencia, Generalitat Valenciana, 2007

Declara Mestre cuál es la intención de este libro a poco de iniciarse el estudio que precede a la edición de una serie de documentos que avalan la exégesis emprendida: «determinar las aportaciones que un grupo de españoles hicieron a los estudios que, a mediados del siglo XVIII, se publicaron en Europa sobre el origen de la imprenta y el conocimiento de los incunables españoles» (pág. 12). El grupo de españoles aludido concierne fundamentalmente a Mayans, Fernando José de Velasco, Martínez Pingarrón y Finestres; los estudios europeos sobre el origen de la imprenta —al margen de las alusiones a los *Annales typographici* de Maittaire (Amsterdam, 1719-1741, 9 vols.) y la *Histoire de l'origine et des premiers progrès de l'imprimerie* de Prosper Marchand (La Haya, 1741)—, tienen que ver directamente con la redacción de los *Origines typographicae* de Gerard Meerman (La Haya, 1765, 2 vols.).

La historia de esta colaboración ha dejado su huella en diversos epistolarios, sobre todo cruzados entre el erudito holandés y el valenciano, así como en la redacción, por parte de Mayans, de lo que podemos considerar el primer intento razonado en España de obtener un catálogo de incunables, un empeño aludido en la correspondencia con el título de *De artis typographicae origine et progressu in Hispania usque ad annum millesimum et quingentesimum*. Puede decirse que el estudio de Mestre parte del interés por rescatar este documento, fechado el 22 de abril de 1758, que quedó inédito. De él se conservan cuatro copias —y evidencias de que existió otra, no localizada, dirigida a Rougens— con variantes de diverso grado que dan fe de una continua revisión de contenidos que Mayans prolongó incluso después de que los *Origines* de Meerman hubiesen sido publicados. Mestre recompone las fechas de redacción de las copias, traza su filiación y reanima aquel esfuerzo erudito publicando el texto con anotación de variantes y traducción al español enfrentada. Como complemento documental a las averiguaciones de Mayans a instancias de Meerman, se incluyen también en este libro una selección de cartas —dispersas en la serie de epistolarios mayansianos ya publicados por el propio Mestre— que permiten reconstruir las dificultades y los logros de la indagación sobre la primera imprenta española compartidos por un puñado de ilustrados del círculo de Mayans. Reconstruir ese proceso es informarnos también de los progresos de la obra de Meerman sobre el origen de la imprenta en Europa y, una vez más, constatar nuestra deuda intelectual con el continente: «En el caso del conocimiento de los inicios de la imprenta en España y, más en concreto, de la catalogación de sus incunables, se puede decir que también el esfuerzo español se debió al impulso de los extranjeros» (pág. 17).

Conviene advertir, porque así nos lo enseñan las páginas de Mestre, que el interés por los incunables en España no es una inquietud exclusivamente forastera. Precedentes del empeño de Meerman por conocer los inicios de la imprenta española se constatan en la correspondencia de Fernando José de Velasco, consejero de la monarquía y bibliófilo, con Mayans. Algunos de sus testimonios son reveladores del panorama intelectual que las búsquedas de libros antiguos iban revelando en el bibliófilo: «...no se han de buscar aquellos en las librerías venales, sino en las de los monasterios y conventos, que suelen ser depositarios de los más selectos o raros, y estimarlos en tan poco, que les parece hacen grande negocio en lográndolos cambiar por otros modernos de sermones, moral o ascéticos, como no ha un mes me sucedió [con] cierta comunidad...» (pág. 14). Y tampoco acabó con Mayans el interés por los primeros pasos de nuestras prensas. Si el tratado del valenciano no cumplió con su destino de ver la luz como apéndice a la reedición de la *Histoire de l'imprimerie* de Marchand prevista para 1758, tuvo mejor suerte otra iniciativa nacional, la del agustino Francisco Méndez, que en 1796 publicó en Madrid su *Typographia española o historia de la introducción, propagación y progresos del arte de la imprenta en España*. Por último, de otro intento nacional anónimo, y en todo caso posterior al ensayo de

Mayans por obtener un catálogo de incunables españoles, se da también cuenta en este estudio: *Noticia de los libros impresos en España desde la introducción del arte tipográfica hasta el año 1500* (págs. 12-13).

La colaboración intelectual entre Meerman y Mayans fue especialmente pródiga en dos cuestiones de historia cultural europea: el origen del papel y la invención de la imprenta. De este segundo empeño es del que sabíamos menos, una carencia que el libro de Mestre se encarga oportunamente de paliar. Acaso sirva también su trabajo para poner en escalón más alto al bibliófilo Fernando José de Velasco, que acabó siendo, por encima de hombres de mejor posición y mayor prestigio intelectual, el colaborador más fiel de Mayans en la difícil empresa de buscar testimonios que alumbraran los orígenes de la imprenta en España.

Anastasio Rojo Vega, *DATOS SOBRE AMÉRICA EN LOS PROTOCOLOS DE VALLADOLID, SIGLOS XVI-XVIII*
Valladolid: Ayuntamiento de Valladolid, 2007

Desde los mismos inicios de los años setenta, cuando nace la Colección de Publicaciones Municipales del consistorio pinciano, la atención por la época de los Austrias está presente en ella. Baste recordar que el número 2 fue la edición de la *Fastiginia* de Tomé Pinheiro da Veiga. Ya alcanza el número 32 y, en esta ocasión, se ofrece al estudioso un corpus de 2253 documentos sobre América procedentes de los protocolos notariales custodiados en el Archivo Histórico Provincial, fruto de la labor de localización durante veinticinco años de Anastasio Rojo, que ya en 1999 había editado en la Colección su *Fiestas y comedias en Valladolid: siglos XVI-XVII*.

Ya desde finales del siglo XIX, los protocolos notariales son rica fuente para historiadores, primero de la literatura, en su empeño por recabar datos de los autores áureos, caso de Rodríguez Marín o de Pérez Pastor; pero más tarde, con las aproximaciones sobre todo de Agustín González de Amezúa, se percibió que, en su diversidad de tipologías documentales, las escrituras notariales eran de sumo interés desde multiplicidad de enfoques. Por ello, hubo aportaciones sobre el funcionamiento de los escribanos públicos, del mismo Amezúa en *La vida privada española en el protocolo notarial Selección de documentos de los siglos XVI, XVII y XVIII* (Madrid, 1950), o en «Apuntes sobre la vida escribanil en los siglos XVI al XVIII», en sus *Opúsculos Histórico-Literarios* (Madrid, 1951, vol. III), y más tarde en los estudios reunidos para conmemorar el centenario de la Ley del Notariado, en 1964, por ejemplo el de Arribas Arranz, «Los escribanos públicos en Castilla durante el siglo XV». Con respecto a la realidad americana, los años en torno al Quinto Centenario del Descubrimiento no fueron escasos en contribuciones, manifestadas en ambas orillas, como la *Historia de la escribanía en la Nueva España y del notariado en México* (México, 1988), de Pérez Fernández del Castillo, o *Escribanos y protocolos notariales en el descubrimiento de América*, editado por el Consejo General del Notariado en 1993.

Cabe pensar que, con relación al Nuevo Mundo, donde debe investigar el estudioso es en los protocolos sevillanos o gaditanos, que merecieron acercamientos tan útiles e interesantes en dicha coyuntura de 1992, como los de Rojas Vaca, con *Una escribanía pública gaditana del siglo XVI (1560-1570). Análisis documental* (Cádiz, 1993), o *El notariado andaluz en el tránsito de la edad media a la edad moderna* (Sevilla, 1995), publicado por el Colegio Notarial de Sevilla. Pero, ciertamente, ¿qué ciudad de la Monarquía, grande o pequeña, no tenía, por ejemplo vecinos con parientes en América o no tenía otros vecinos con relaciones comerciales con las Indias? Valladolid, como subraya Anastasio Rojo, fue además corte, y mantuvo significativos vínculos con lo americano, como se comprueba en la selección documental realizada para este volumen. Rojo, tan familiarizado con la documentación notarial, y al que se deben aportaciones tan sustanciales como *Impresores, libreros y papeleros en Medina del Campo y Valladolid en el siglo XVII* (Salamanca, 1994), o *El Siglo de Oro: inventario de una época* (Salamanca, 1996), cuyas fuentes beben precisamente de los protocolos, nos ofrece ahora, incansable pese a lo fatigoso de la investigación con escrituras, una regesta documental que incumbe en su alto interés no solo a los americanistas, que encontrarán noticias sobre los pasos de Pizarro (págs. 23, 35-36, 61), Cortés (págs. 169-170), Almagro (pág. 33) o Alvarado (pág. 38), sino a los historiadores de la economía —constantes las alusiones a la plata americana—, de las prácticas sociales —numerósísimas las menciones a la esclavitud y a la presencia de esclavos—, o del Derecho —encomiendas, etc—.

La organización de las noticias es sencilla. Rojo primero inserta, tras el número de orden en negrita, al otorgante por su apellido, indicando su condición civil o dignidad eclesiástica; a continuación se indica la fecha, según la secuencia año, día y mes, y, por último, se ofrece un resumen de contenido que a veces incluye largas transcripciones. Cada entrada se cierra con dos números, el primero es el del protocolo y el segundo el del folio donde da inicio el documento. Los índices resultan en verdad completos pues, además del onomástico, hay de lugares, de materias y de oficios.

Desde la perspectiva de la historia del libro, a la que tanto ha contribuido el autor con sus numerosas publicaciones, se pueden hallar documentos sobre el comercio librario (págs. 38-39, 239), inventarios —algunos femeninos (págs. 73, 80, 87-91, 252, 403)—, donaciones de libros (pág. 132), compras en almonedas (pág. 316) y, entre otras circunstancias que se recogen, nos enteramos de que don Antonio de Osorio, capitán general y corregidor de Cuzco, recibió en 1571 unas «Horas ricas» de don Luis de Toledo, señor

de Villafranca, como prenda de una deuda (pág. 449), un testimonio que excede de la mera circulación libraria por tener un significado que, sin duda, va más allá. Asimismo, sabemos que para una edición de las dos partes de las *Relagioni* de Giovanni Botero se contactó con un platero para hacer unas planchas calcográficas. El documento incluye los nombres del librero Martín de Córdoba —que tuvo al conde de Gondomar por cliente, cfr. RB II/2134, 101, II/2132, 239, II/2159, 78, II/2180, 46, 72, etc.— y del impresor vallisoletano Diego Fernández de Córdoba (pág. 326). Este documento, de 23 de octubre de 1600, está en la génesis de la edición de 1603, a cargo de Antonio López de Calatayud —un nombre también frecuente en la correspondencia palatina del conde de Gondomar—, y de la que se halla un ejemplar en la Real Biblioteca con la signatura VII/38, que contiene, efectivamente, dichas calcografías.

Los aspectos recogidos notarialmente sobre autores diversos son numerosos y así, lo mismo aparecen Baltasar de Álamos Barrientos (pág. 163) que el cronista Antonio de Herrera y Tordesillas (págs. 297-298), o Francisco Arceo, el autor de las *Fiestas reales de Lisboa* (1619, RB VII/2150), del que también se conserva correspondencia con el conde de Gondomar. Del propio don Diego Sarmiento de Acuña se reproduce un pasaje de su testamento en relación a un capitán en las Indias (pág. 600). Y por terminar con la enumeración de noticias librarias, recordemos que se incorpora un extenso inventario de una biblioteca adquirida por Solórzano Pereira en 1619, un total de 1226 obras que fueron del catedrático Benito de Castro (págs. 574-596).

Mucho nos tememos, a tenor de otros repertorios de fuentes documentales similares, que el curioso, dada la amplitud de la referencia en ocasiones, se sirva sin más de estas páginas y cite el documento como si tuviera a la vista el original. Rojo, aun conocedor del riesgo de esta mala práctica habitual, se muestra una vez más generoso y, fuente de fuentes, nos ofrece este amplio haz de noticias documentales que trascienden con frecuencia el ámbito vallisoletano e interesan para el estudio de las relaciones entre América y la Monarquía Hispánica.

Vicente Bécares Botas, *LIBRERÍAS SALMANTINAS DEL SIGLO XVI*
Segovia: Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua-Caja Segovia, 2007

Desde la aproximación de Luisa Cuesta a la imprenta salmantina (1960), afortunadamente, los estudios sobre historia del libro en la Salamanca renacentista se han ido sucediendo y de manera notable en los últimos años. La aparición de la tipobibliografía de Ruiz Fidalgo (Madrid, 1994), con sus tres volúmenes y 1510 entradas, puso de manifiesto el relieve siempre evidente de la actividad impresora y libraria en la ciudad del Tormes. Las ricas fuentes archivísticas, especialmente las de la Universidad —con sus libros de claustros, los de visitas de cátedra y de otra naturaleza— y las del Archivo Histórico Provincial, con sus protocolos notariales sobre todo, han permitido estudios de base documental que ilustran con detalle la vida libraria salmantina, como los de Marta de la Mano, *Mercaderes e impresores de libros en la Salamanca del siglo XVI* (1998) o los del propio Bécares, que lleva tiempo dedicando sus afanes a estudios como el que hoy comentamos. Baste recordar *La Compañía de Libreros de Salamanca (1530-1534)* en 2003, o su *Guía documental del mundo del libro salmantino del siglo XVI* (2006), que tiene su antecedente en el ya raro *Avance para una guía del mundo del libro salmantino del siglo XVI* (Zamora, 2002) en tirada de tan solo cien ejemplares en edición privada, amén de diversos textos para congresos o revistas científicas. Bécares también suele acudir, como en esta ocasión, a otras fuentes documentales, las del Archivo Diocesano de Salamanca y las de la Real Chancillería de Valladolid.

Esta vez nos ofrece el profesor Bécares una obra que ha merecido el I Premio «Sinodal de Aguilafuente» y que se nos presenta cuidada en lo material —cinta de registro y reproducciones de portadas—, y en lo científico, con más de cincuenta páginas de índice de autores y títulos mencionados a lo largo de sus quinientas páginas. Si en otras aportaciones se ha ocupado de la última fase de la circulación libraria, como el ingreso mediante compras en la Biblioteca Universitaria durante el siglo XVI —en *El Libro Antiguo Español*, IV, págs. 83-135—, ahora incide en el punto de inicio de la circulación, la disponibilidad que ofrecían los libreros mediante sus fondos de surtido, editando veinte inventarios que acogen cronológicamente un amplio periodo, desde 1530-34, con el de la Compañía de libreros, a 1601, con el de Jusepe de Torres, inventarios que ocupan más de 350 páginas. Los inventarios corresponden a varias tipologías de libreros, los hay de «facultad», es decir, especializados en libros de estudio, los hay de libro humanístico continental (como Pulman), otros comparten su condición de librero con la de impresor (como Antonio de Lorenzana), y los hay merceros (como Sorman) que, junto a crónicas y devocionarios, tenía gargantillas y castañetas, o cartilleros, como Herrera.

Junto a los libreros de menor perfil aparecen los grandes mercaderes, como los Portonariis, Juan de Junta, Juan de Cánova, Matías Gast o Benito Boyer, al que Bécares hizo una aproximación detallada en 1992 al publicar su inventario de Medina del Campo de 1592, junto a Alejandro Luis Iglesias. El de ahora es anterior, de 1565, y un cotejo entre ambos nos permitiría apreciar la evolución de Boyer, su capacidad económica para tener fondo. En este sentido, de contar con los documentos, hubiera sido muy interesante ofrecer de un mismo librero dos inventarios distantes cronológicamente, para apreciar su evolución, por ejemplo uno de dote, al casarse, y otro *post-mortem*.

Antes de cada inventario, Bécarea ofrece un perfil biográfico sucinto pero no ayuno de datos de interés, fruto de su propio trabajo de archivo sobre los libreros. De ahí proceden numerosas noticias relativas a herencias, pleitos y otros aspectos de su vida profesional. La realidad inquisitorial está a veces presente en estos inventarios, de nuevo en el del propio Boyer.

En la "Introducción" (págs. 11-63), cuya lectura es muy recomendable pues no son páginas de trámite sino de estudio e interpretación, se hacen balances y consideraciones generales sobre las librerías salmantinas del Quinientos. También se vierten observaciones sobre personajes específicos de este mundo de la librería comercial, como los regatones, buhoneros, estamperos y naiperos, cartilleros, merceros y otros oficios, aparte del de librero en exclusiva, ligados a la difusión libraria en aquella época. Igualmente, caben en el estudio sacristanes y porterías de los conventos a la hora de abordar la difusión de las estampas religiosas.

Por lo que respecta al primer paso para la comercialización de un libro, que es el del concierto de impresión del mismo entre el autor y el impresor, se ofrece un listado de localizados en págs. 17-18. Tampoco se descuida la actividad de los libreros como encuadernadores, con taller propio en ocasiones, y hay referencias a las escrituras entre libreros y ligadores, interesantes a la hora de analizar demandas de mercado. Tras diversas consideraciones sobre el orden de los libros en las librerías (precios y materias particularmente), procede Bécarea a ensayar clasificaciones por facultades con diversas subdivisiones, partiendo de la Teología, (págs. 31-52), y recogiendo a todos los autores presentes en los inventarios. Concluye la introducción con una observación muy real y aguda, la de que en los inventarios aparecen a veces ediciones no recogidas en las actuales tipobibliografías, de lo que ofrece no pocos ejemplos para Alcalá de Henares y la misma Salamanca, nada menos que dieciséis en el primer caso y treinta y siete en el segundo. Todo ello nos habla del consumo masivo de dichas ediciones, sin dejar rastro de ejemplares, pero también de otras circunstancias. Bécarea rebate la idea, extendida, de que a España no llegaron muchos ejemplares de las imprentas continentales por lo débil de nuestro mercado, pero los números de estos inventarios hablan bien claro de una alta demanda de gran diversidad de autores y títulos. Solo en el de Juan de Cánova (pág. 156) se recogen casi 24500 volúmenes, en 1569, si bien es cierto que el caso de Salamanca, como el de Alcalá, tiene sus particularidades derivadas de la presencia de la Universidad y su influjo cultural. También se destaca la presencia de Erasmo hasta los inventarios de los años cincuenta, siendo determinante en la ausencia posterior el *Índice* de Valdés, de 1559. Asimismo, el estudio repasa en la presencia de libro usado en los inventarios de las librerías, ya que no faltan asientos que indican carencias físicas del ejemplar.

Por todo lo referido, Bécarea ha sabido ofrecer un abanico representativo de la actividad librera en una gran ciudad de la Monarquía como era Salamanca en el XVI, divulgando materiales que sin duda van a ser la base de estudios posteriores.

Carlos Clavería, *RECONOCIMIENTO Y DESCRIPCIÓN DE ENCUADERNACIONES ANTIGUAS*
Madrid, Arco Libros, 2006

Integrado en la colección de «Instrumenta Bibliologica» de Arco Libros, este manual se ofrece como una guía que ayude «a los bibliotecarios, a los estudiantes, a los interesados en los libros antiguos a conocer las encuadernaciones, los estilos, la evolución de los mismos y de las técnicas y a familiarizarse con el vocabulario, la bibliografía y las peculiaridades de tal arte» (pág. 9). Para cumplir con tan plural propósito, la obra se organiza en dos partes con distinta implicación práctica.

Primero se aborda una historia de la encuadernación en la Europa occidental hasta el siglo XVIII, un recorrido organizado en capítulos que repasan los estilos más representativos de esa historia. El repertorio bibliográfico que va respaldando el trayecto es una excelente guía para el lector que quiera adentrarse en aspectos más concretos de lo historiado o acudir a la exégesis original que oportunamente se resume en este libro.

La segunda parte de la obra parece mejor aliada con la promesa didáctica del título: aquí se integran, para decirlo tal cual es, una «breve terminología, con un breve añadido sobre formas y clases de piel para encuadernar libros» y un apéndice que refiere ejemplos y propone unas directrices descriptivas —«sin ánimo concluyente»— que desemboquen en una ficha exhaustiva, uniforme y útil, sobre todo, a los intereses catalográficos del bibliotecario. A este conjunto se suman dos capítulos (el numerado como VII el apéndice II) que complacerán a los lectores —por no decir más decididamente a los bibliófilos— ávidos de anécdotas.

La aportación más meritoria de este manual es la guía para describir encuadernaciones. La pasión bibliófila del autor y la inclinación historicista del volumen pueden haberle inspirado la idea de ofrecer, por delante de la propuesta descriptiva, una suerte de antología de estilos léxicos y hallazgos conceptuales que quieren ilustrar ciertos aspectos descriptivos extraídos de la lectura de inventarios, testamentos, catálogos de profesionales y monografías dedicadas a la encuadernación. Los ejemplos incluyen libros vestidos desde el siglo XV hasta el XIX. Este repaso documental es una buena manera de trazar un panorama sobre la evolución del lenguaje y de los intereses descriptivos según las épocas y una constatación histórica de que nunca ha existido un lenguaje técnico común ni un acuerdo compartido a la hora de describir encuadernaciones apelando al uso de una terminología generalmente aceptada.

Partiendo, sobre todo, de las aportaciones de Pollard [«Describing Medieval Bookbindings, (1976)»] y la revisión de Petrucci (1989, pero ausente en la bibliografía colectiva del volumen), se propone una meritoria ficha descriptiva dividida en diversos niveles temáticos —desde la decoración hasta aspectos relacionados con la conservación, sin descuidar el apartado de referencias bibliográficas— que, dada la seriedad con que el autor declara su confianza en la ciencia de los bibliotecarios, deberían estos agradecer al menos parándose a considerar la propuesta.

EX BIBLIOTHECA GONDOMARIENSI GRABADOS INGLESES EN LA LIBRERÍA DEL CONDE DE GONDOMAR (*)

A su regreso de la primera embajada en Londres (1613-1618), don Diego Sarmiento trajo un equipaje de «libros, papeles, estampas y relaciones» que necesitaron de un permiso del Consejo de Inquisición para entrar en España [BN Ms 18430 (4), fol. 7r]. De esa carga plural nos interesa referirnos ahora a las estampas, o más particularmente a un grupo de ellas cuya procedencia inglesa es inequívoca. Se trata de una colección de doce grabados, siete calcográficos y cinco xilografías, vinculados a un célebre escándalo cortesano: el envenenamiento del poeta Sir Thomas Overbury promovido por los condes de Somerset [RB ARCH2/CART/4 (1-12)]. Del conjunto cabe destacar la presencia de las xilografías: un retrato de Overbury que puede ser ejemplar único y cuatro carteles cuya pervivencia fuera de Inglaterra es ciertamente excepcional. Las xilografías no se coleccionaban como los grabados calcográficos y el número de ejemplares que ha sobrevivido es muy exiguo. El hecho de que piezas tan frágiles se hayan conservado obedece al destino que Gondomar quiso darles, que no fue el del uso público para el que estaban concebidas —figurar pegadas en paredes y cadalsos londinenses— sino el de la colección privada. Un valor añadido de esta serie es que se haya conservado fuera de su lugar de origen, dada también la escasez de coleccionistas de láminas inglesas en la primera mitad del XVII.

Aunque el asesinato de Sir Thomas Overbury había ocurrido en septiembre de 1613, las delaciones, juicios y condenas por esta maquinación no surgieron hasta el otoño de 1615. A esas alturas Gondomar tenía trato personal con los condes implicados, especialmente con Robert Carr, entonces el cortesano favorito del rey Jacobo. Hubo ejecuciones públicas y de la laboriosa cuerda de acusados, desde boticarios diestros en la industria de atosigar mortalmente, hasta alcaides de la Torre de Londres permisivos con la circulación del veneno, solo se libró de la horca el matrimonio de nobles, que hubo de resignarse a una prisión separada en la Torre. Nuestro embajador remitió a la corte española numerosas noticias sobre todo el proceso, incluso un memorial donde se refería el ascenso y la caída del conde de Somerset [RB II/2228, 219]. Como si la letra no fuera suficiente, mandó también la *vera effigies*, tal como prometen las calcografías, de los envenenadores. En una carta del 21 de julio de 1616, don Juan Hurtado de Mendoza, duque del Infantado, agradecía a Gondomar la merced que le había hecho enviándole los retratos de los condes de Somerset [RB II/2170, 10]. La gratitud, por lo demás, acababa resolviéndose en demanda: don Juan le pedía a don Diego que le enviara «una relación muy particular del successo destes condes».

La carta del duque del Infantado, que ya había recibido también a través de Gondomar unos retratos de Tomás Moro [RB II/2170, 151], es un apreciable testimonio de las inclinaciones coleccionistas de buena parte de la nobleza en la Edad Moderna: imagen y letra, una conjunción para guardar memoria pero también para dejar recuerdo en quien contempla o lee. Cuando Gondomar se molestó por reunir los retratos de los implicados en la muerte de Sir Thomas Overbury en compañía de algunas hojas sueltas, carteles xilográficos donde se evocaba el suceso desde un punto de vista más popular, no solo ejercía de embajador avisado al servicio de Su Majestad Católica, sino de hombre cuya idea de representación social le exige poner imagen a unos hechos que el destino le ha reservado como testigo. En juntar esos grabados hay un interés común por dejar recuerdo de lo ocurrido y de sí mismo.

La sociedad europea moderna se hizo cada vez más consciente de la relación entre retrato y memoria. Es un hecho de sobra conocido el afán de la nobleza por disponer en sus casas de galerías de hombres ilustres que convierten esa reunión en un espejo de moralidad útil para prolongar la propia imagen que se quiere transmitir. Ese ideal está conforme con las paredes y los frisos, es decir, con la parte expuesta a la admiración pública de una casa noble. Pero la experiencia acumulada de la humanidad se ofrece tanto en modelos dignos de imitación como en iconos de lo que conviene evitar. Y es esta una salvedad que no se convierte precisamente en excepción a tenor de lo que enseñan algunos inventarios *post mortem* de coleccionistas nobles. Los condes de Somerset eran ejemplares en lo que tenían de ilustración de los peligros de la privanza, dos casos sublimes de ascenso y caída, culpables además de mala religión. Los retratos del «santo mártir Tomás Moro» podían tenerse —son palabras del duque del Infantado para el conde de Gondomar— por «reliquia» y por «imágenes de devoción». El retrato de los condes de Somerset, en julio de 1616, ilustra lo contrario: lo peor entre los hijos que engendra una nación de herejes.

No sabemos si los retratos de Robert Carr y de Frances Howard que don Diego envió al duque del Infantado son los mismos que él trajo de Londres a la vuelta de su primera embajada. En todo caso, se trata de grabados cuyos restos de cartivanas, firmas manuscritas alfabéticas, costuras e hilos, además de una serie de impregnaciones de tintas comunicadas de unos a otros, delan-

tan una vida en común, un pasado en el que habrían formado parte de un álbum hecho al gusto de su propietario con la intención de poner orden en los iconos de una célebre infamia, pero también para dejar constancia de que el coleccionista, testigo excepcional de un escándalo que él mismo divulgó por cartas y relaciones, era dueño adicional de los rostros de los implicados. Esta voluntad por concertar los hechos con la imagen —con la intención deliberada de inscribirse en los acontecimientos históricos—, tiene un ejemplo más acabado en la colección de Gondomar. En el índice que, en 1769, se formó «para el arreglo de los libros» cuando pertenecían al marqués de Malpica [RB II/2618], a la altura del folio 445r leemos: «Un libro que contiene ciento veinte y seis láminas, y la primera es de don Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar, y las otras de varios reyes, duques, condes y condesas. En folio y pergamino». Se guardaba esta serie de retratos en la sala III, en el estante trece, dentro del cajón cuarto «de mapas y pinturas». Muy cerca, en el cajón tercero del mismo estante, paraban las admirables *De aetatibus mundi imagines* de Francisco de Holanda (RB II/2618, fol. 44or) que, media docena de años después, acabarían cambiando de estante y de cajón [cfr. «Yndice de la bibliotheca [sic]... (1775)», RB II/2619, fol. 34v]. Los «varios reyes, duques, condes y condesas» eran en su mayoría ingleses y en la galería impresa no faltaban ni el retrato de Sir Thomas Overbury ni el del conde de Somerset que forman parte de esta serie de retratos, ahora sueltos, que debió de conformar otro álbum, un «libro de estampas» sobre el suceso de Overbury. El álbum descrito en 1769 ha perdido seis láminas pero aún se abre con un espléndido retrato de don Diego «aetatis suae 54» grabado por Willem van de Passe. Es el actual ER/244 de la Biblioteca Nacional.

Tal como podemos verla hoy, esta *Collectio effigierum Regum* es una culminación bibliofílica que necesitó de las dos embajadas para completarse. Pero la mayoría de los grabados reunidos proceden del primer viaje de don Diego. Los grabadores e impresores que pusieron en circulación las *verae effigies* de esos próceres tuvieron su periodo de mayor actividad en los primeros veinte años del siglo. Los nombres de Simon van de Passe y Francis Delaram, así como el del impresor Compton Holland se repiten tanto en el álbum de la Nacional como en la serie de retratos conservados en la Real Biblioteca que Gondomar asoció a las hojas sueltas publicadas con motivo del proceso por la muerte de Overbury, durante su primera estancia en Londres. Y algo más: Gondomar, que adquirió su retrato durante la segunda embajada —fechado en 1622 es una de las muestras más tardías del conjunto—, coleccionó hombres ilustres ingleses inspirado en un célebre libro aparecido en Londres durante su primer viaje, muchos de cuyos grabados compró sueltos para ordenarlos a su gusto, con las adiciones que le parecieron ajustadas a la historia coetánea de Inglaterra, por no decir a sus propias gestiones diplomáticas, lo cual le convertía en adecuado candidato para abrir su propio álbum y a la infanta María de Austria, prometida del príncipe Carlos durante meses de pacientísimas negociaciones sobrellevadas por el embajador, para cerrarlo, al menos a día de hoy. Los retratos más ortodoxamente seleccionados, los que en Londres acabaron por brindar un magnífico modelo en el que inspirarse, procedían de la *Bazilioologia* impresa en 1618 para Henry Holland, vendida por Compton Holland y diseñada en su mayor parte por Simon de Passe a partir de 1616. No hará falta decir que las láminas podían adquirirse aisladamente a medida que iban apareciendo.

A la vista de los doce grabados que componen la serie resulta evidente que el álbum que don Diego fue confeccionando refleja una doble realidad editorial, representada por la diferencia de procedimiento en la publicación de las imágenes y por la diversa percepción pública que suscitaban unos y otros grabados: calcografías frente a xilografías, o dicho de otro modo, representación —los retratos de los implicados— frente a narratividad visual: poemas elegíacos oportunamente orlados, recreación del cadalso, la tumba del poeta o la despedida a todas las mujeres que la imprenta puso a nombre de «Mistris Turner» y de «Lady Pride» (la condesa de Somerset) con una intención deliberadamente piadosa. Y debe insistirse en esta voluntad, que no es inocente. No solo el texto, invitando al arrepentimiento y la contrición, sino la propia iconografía de las retratadas, o la del alcaide de la Torre de Londres, Gervaise Elwes, sumiso entre dos clérigos que avanzan con un breviario entre las manos, son una herencia editorial consciente: el magisterio de la balada religiosa, acaso el género más representativo de la imprenta modesta en Inglaterra; un género que fue dejando memoria, cada vez más especializada, en las hojas sueltas con ilustración impresas a partir del siglo XVII.

(*)Para una verión más completa de esta noticia, con reproducción de los grabados, véase Pablo Andrés Escapa, «La muerte de Sir Thomas Overbury y doce grabados ingleses en la librería del conde de Gondomar», *Syntagma*, 2 (2007), en prensa.

